

de mentir, verdaderamente ha tenido las visiones que dice? ¿No comprendes, pues, desgraciado, que Juana cumplía con una misión sobrenatural? ¿No comprendes que lo sobrenatural existe, mal que pese á tu impío escepticismo y á tu incredulidad?"

Yo no sé lo que pasó entonces.

En pocos segundos ví aparecer todo mi pasado: mi buena primera comunión, y mi comunión sacrilega; Mongré, San Luis y Mettray, mi padre, mi madre, mi santa madrina; los días felices de mi infancia y las amarguras de mi vida anti-clerical; la sincera amistad de aquellos de quienes me había separado y los odios implacables de los sectarios á quienes había seguido; la bondad de los unos y la maldad de los otros; mis mentiras, mis injusticias, mis locuras.

Y prorrumpiendo en llanto: ¡PERDON DIOS MIO! murmuré entre lágrimas; ¡perdon por mis blasfemias! ¡perdon por todo el daño de que soy culpable!

Me encerré en mi despacho para no ser molestado; me postré de rodillas, y por la primera vez desde hacía diez y siete años dirigí mis oraciones al cielo. Por la noche no dije nada á mi esposa respecto al cambio que en mí se había operado. No pude comer, y no di razón alguna de mi falta de apetito.

Tampoco pude dormir. Mi mujer no lo extrañó, pues me sucedía muchas veces estar preocupado con algun proyecto de trabajo, y emplear en escribir una noche de insomnio.

Me retiré de nuevo á mi despacho, y pasé la noche en oración. Prometí ir al día siguiente á confesarme y pedir la absolución de mis crímenes.

Cuando empezaba á rayar el alba resolví dar parte de mi conversión á un católico que jamás había desesperado de mí y quien me había mostrado siempre una verdadera amistad: aquel amigo era M. Mercier, á quien conocí en Marsella en 1872.

Hé aquí la carta que le escribí:

"Paris, 24 Abril 1885.

"Mi querido Sr. Mercier:

"Esta carta va á llevaros una agradabilísima sorpresa. Desde ayer no soy ya el mismo: me hallo completamente transformado.

Vuestro corazón de católico y de amigo ha debido sufrir muchísimo en estos últimos años, cada vez que habeis leído mis escándalos anti-cristianos; pero sin duda alguna habeis orado por mí—pues me teníais, lo sé, un verdadero afecto,—y vuestras oraciones han sido escuchadas.

"Ayer, hacía las tres de la tarde oí en mí, como una voz que me reprochaba todas mis faltas. Esto me conmovió profundamente y lloré. Mis impiedades me han ho-

rrorizado. Me he preguntado si podré obtener el perdón de mi Dios, á quien tanto he ultrajado. Despues he considerado que su misericordia es infinita, y he recobrado la esperanza.

Sí, me dije, ¡Cuán bueno es Dios en haber tolerado blasfemias como las que he publicado, y sacrilegios semejantes á los que he cometido!..... Podía haberme aniquilado, y con justicia hundirme en el eterno abismo del infierno. Y no lo ha querido; al contrario, ha esperado hasta que estuviese hundido en los antros más profundos de la incredulidad, para de repente darme la luz de su gracia.

“¡Creo! ¡Creo!

“Hoy mismo iré á confesarme, yo que tanto he denigrado la confesion.

“El espíritu de las tinieblas ha salido para siempre de mi alma. Emplearé en lo de adelante todos mis esfuerzos en reparar, si es posible, todo el mal que he hecho.

“Mi excelente padre nunca ha desesperado de mi conversion; él tambien ha orado mucho por mí.

Recuerdo que me lo decía muchas veces, y que había rezado tambien á santa Mónica, suplicándole obtuviese de Dios mi conversion, como obtuvo la de su propio hijo. Y hé aquí que yo, como el hijo de la bienaventurada madre, como san Agustín, me he convertido á los treinta y dos años.

“Os ruego hagais decir una misa en accion de gracias por haber usado Dios de misericordia para conmigo. Mandadla decir en Nuestra Señora de la Guardia á don-

de os acompañaré cuando vaya á Marsella. Me es imposible deciros cuán feliz soy desde ayer. Jamás he sentido impresion interior tan dulce. Me encuentro aliviado de un peso que me abrumaba.

“¡Cuán grande es Dios! y ¡cuán impenetrables sus designios! Me hallo confundido con semejante favor, siendo como soy, el sér más indigno del mundo.

“Os abraza de todo corazon.

GABRIEL JOGAND PAGES,

llamado *Léo Taxil*,

35, calle de las Escuelas.

Al Sr. Mercier,

administrador del Dormitorio público.

Asilo de la calle Marengo,
en Marsella.”

Por lo que toca á mi padre, no me atrevi á darle á saber mi cambio. La alegría que hubiera sentido podría haberle sido fatal, tal era á lo ménos mi temor. Pensé, pues, que era preciso prepararle, y me contenté con mandarle noticias mías, lo que le sorprendió agradablemente. ¡Hacía ya tanto tiempo que no le había escrito!

El 24 de Abril, á las ocho de la mañana, me dirigí á una Iglesia.—Un día, al volver de un casamiento civil, y para resguardarme de la lluvia, entré en una Iglesia de la calle de San Martín, y allí me llamó la atencion y me impresionó un cuadro que representaba un sacrilegio. Era la

parroquia de San Merri.—El recuerdo del cuadro me hizo escoger aquella Iglesia.

Pedí un sacerdote cualquiera. Acudió el Vicario que en aquel dia estaba de guardia.

Me arrodillé y quise comenzar mi confesion, por supuesto, sin dar mi nombre. Pero el sacerdote, comprendiendo luego que no estaba en presencia de un penitente vulgar, me interrumpió y me rogó volviese á otro dia, pues me hallaba en lo que llaman los teólogos un *caso reservado*.

Muy contra mi voluntad no pude confesarme aquel dia. Sin embargo, para aligerar mi conciencia me di á conocer al vicario, hablamos largamente, nó como confesor y penitente, sino como dos amigos.

No es necesario pintar la sorpresa del buen sacerdote cuando supo quien era yo.

Tres dias más tarde, en la reunion de la Comision Central de la Liga Anti-Clerical, presenté mi dimision.

El *Boletín de la Liga* la relató en los siguientes términos:

Lunes 27 de Abril, reunion ordinaria mensual, etc.—Dimision del Secretário.—El ciudadano Léo Taxil expone que en vista de los incesantes ataques que le dirigen no solamente los clericales, quienes le tratan con razon, como adversario, sino tambien la mayor parte de los republi-

canos, tanto moderados como radicales, presenta su dimision de la Comision Central y de la Liga. Dice que esta vez ha llegado hasta el más absoluto desengaño, en presencia de la mala fé y de la prevencion manifiesta de aquellos que debieran sostenerle. El ciudadano M.*** hace observar que la Liga sabe hasta qué punto se ha sacrificado el ciudadano Léo Taxil por la causa Anti-Clerical. El ciudadano Léo Taxil replica que habiéndose, con efecto, sacrificado, y siendo constantemente representado como un hombre indigno, explotador de los librepensadores, no puede menos de retirarse, y lo hace del modo más completo. Sin embargo, se ofrece á despachar los negocios corrientes hasta su reemplazo."

En aquel momento mi intencion era borrar me y desaparecer. Se iba á celebrar el Congreso de Roma, del que habia yo sido el principal organizador, y me encontraba en una dificultad.

Divulgar mis anteriores resoluciones era lo mismo que impedir la celebracion del Congreso. Quería en adelante, separarme por completo; pero no quería que me acusasen en los grupos de la Liga, de haberlo impedido; aquellos hombres, los únicos entre quienes habia encontrado simpatías, tendrian derecho, decia yo, de tratarme como desleal.

Cuando á la edad de catorce años ingresé al

librepensamiento, era celador de la Obrita de Nuestra Señora del Sagrado Corazon, y como se ha visto, quise primero liquidar aquella situacion.

Del mismo modo en 1885 consideraba como leal no hacer la retractacion pública de mis malos escritos, hasta que cuando la Liga Anti-Clerical me reemplazara.

Yo sé que muchas personas, tanto entre los católicos como entre los librepensadores, no comprenderán mis escrúpulos; pero en una obra como ésta, no debo ocultar las fases por las cuales he pasado antes de llegar á una conversion completa. ¡Tanto peor para mí si me juzgan desfavorablemente! Además, estas delicadas y difíciles declaraciones serán la mejor garantía de mi sinceridad. Reconozco, sin embargo, que era, y soy aún, muy imperfecto.

Había recobrado la fé, que fué para mí, desde el primer instante, un bien inapreciable; pero tenía necesidad todavía de confirmarme en mis buenas resoluciones. Sin la gracia divina que me perseguía y me agobiaba, ¿quién sabe si yo no hubiera vuelto á caer en el abismo? ¿quién sabe si mi tentativa de volver al bien, quedando sin resultado, hubiera sido un secreto entre Dios y el humilde sacerdote de Saint Merri?

Como organizador del Congreso de Roma, me nombraron delegado. Previne á mis colegas que

mi papel se limitaria á un servicio puramente material, y con esta expresa reserva acepté la delegacion. Mis colegas, que no podian hacer abstraccion de mí (ninguno tenía relaciones en Italia), aceptaron la condicion. En suma, ninguno de ellos podrá decir que no estuvo correcto en todo.

Y ahora que se puede juzgar el estado de mi alma, todos comprenderán que el viaje á Roma, efectuado en semejantes circunstancias, fué para mí la más dolorosa de las cargas.

Cuando pienso en ello, me digo que no debiera haber hecho aquel viaje. Si lo que es imposible, hubiera encontrado ahí un poco de fraternidad, acaso engañado por aquel espejismo, habria vuelto á mis errores. Por suerte mia tuve en Italia, el espectáculo de los mismos ódios librepensadores, y una vez libertado de aquella atmósfera deletérea, volví á ver más luminoso que nunca, el faro que en la jornada del 23 de Abril me habia alumbrado.

Así Dios me llamaba, sin que yo hubiera puesto nada de mi parte.

Había presentado desde luego mi dimision de redactor principal de la *République Anti-clericale*.

Mi retirada de la Liga provocó las instancias de algunos grupos. Varios, para hacerme volver sobre mi determinacion, me eligieron presidente de honor.

Rehusé semejante distinción, y escribí un último artículo que hubiera podido hacer comprender á mis lectores y amigos la naturaleza de mis resoluciones.

Hé aquí, entre otras cosas, lo que escribí para terminar, con fecha 16 de Mayo (núm. 316 del periódico).

.....“Lo declaro con toda franqueza: no deseo ningún mal á aquellos que, por mostrarse adversarios míos, han recogido en la prensa, ya sea intransigente, ya oportunista, mentiras que ellos creen ser la expresión de la verdad. No odio más que á los hombres de mala fé, que han inventado esas mentiras y que las han acreditado. Y, ¿es exacto decir que les tengo rencor? No siento odio ninguno, no tengo más que desengaño y asco.

“Tenía que llegar el momento de cansancio, y ya ha llegado. Mis ojos tenían que abrirse, y se han abierto. Y veo que, salvo raras excepciones, las cuales me hacen confirmar la regla, la fraternidad republicana es una ficción. Jamás ésta entrará en el dominio de la realidad, no es posible: el 1793 ha dado el ejemplo fatal: los republicanos están condenados á devorarse unos á otros.

“Aquellos que me conocen por haberme tratado, aquellos que saben todo lo que yo he sufrido, no me condenarán.

“Pero aquellos que se creen firmísimas rocas por haber sufrido algunas contrariedades sin importancia, aquellos me arrojarán la piedra; desde ahora les perdono á todos.

“A lo ménos, la falsa situación en que me he encontra-

do hasta hoy, cesará. Á nadie obligo á seguirme. La Liga Anti-clerical, en la cual he tenido amistades sinceras, no es responsable de mi retiro: mis colaboradores quedan perfectamente libres. ¡Pero ojalá pudiera yo servirles de ejemplo!

“Lo único que pido á los grupos de la Liga, y á los amigos de quienes dejo de ser colaborador, es que no me confieran presidencias honorarias, á las cuales ningún derecho tengo, y las que rehusó; que tampoco me tengan lástima, pues precisamente ahora es cuando no soy digno de ella. Lo que pido es, que digan y repitan lo que saben: cuando la ocasión se presente, es decir, que he sido por parte de la mayoría de los republicanos injustamente atacado, y que cuando se ha dicho que yo he explotado á los libre pensadores, han mentido, puesto que, al contrario, he sacrificado todos mis beneficios á la propaganda: que cuando han afirmado en reuniones públicas que había formado un capital que me daba veinticinco mil pesetas de renta, han mentido, puesto que jamás he ahorrado un céntimo; que cuando me han llamado escritor pornógrafo, han mentido, puesto que nadie podrá citarme una sola línea de cualquiera de mis obras, que sea contraria á las buenas costumbres; que cuando me han tratado de falsario, de plagiario, de presidiario, hánme calumniado cobardemente, puesto que después de haber lanzado tan graves acusaciones, no han querido reproducir las cartas cuya existencia ántes habían negado, ni la sentencia del proceso Rousel, de Méry (sentencia en honor mía ante el tribunal de Casación), ni publicar mi carta de elector ó sea mi informe judicial.

"Al retirarme, al cesar de pertenecer á la Liga y al libre-pensamiento, obedezco á mi conciencia. Yo no soy, en verdad, un hombre indispensable; pues en este mundo no hay nadie que lo sea.

"Además, en lo que me concierne, uso de un supremo derecho, el que posee todo oprimido, cuando desea conquistar su libertad. Estaba encadenado con mil consideraciones que paralizaban todas mis fuerzas, y hoy me veo libre de ellas. Inclinaba mi cabeza bajo un odioso yugo que me aplastaba, y he roto este yugo. Hallábame encerrado en infecto y tenebroso calabozo, atadas las manos con los grillos del mal; hoy renazco á la luz y quedo libre."

Después de esta doble dimisión de coligado y de periodista anti-clerical, el presidente del Libre Pensamiento de Orleans, M. Francisco Bonnardot, miembro de una Lógia masónica y redactor principal de *Le Démocrate du Loiret*, me escribió la siguiente carta:

"Orleans, 17 de Mayo de 1885.

"Querido ciudadano Taxil:

"Vuestra determinación de cejar en el combate contra el clericalismo, es un acontecimiento que no puede pasar inadvertido.

"Incontestablemente érais el más denodado de los enemigos de las sectas religiosas.

"Nadie, entre los contemporáneos, ha hecho tanto como vos para abolir las supersticiones, porque atacábais los cultos en su mismo principio, que es la Divinidad.

"¡Por eso nadie ha obtenido mejor resultado!

"Aprecio los motivos que os han dictado tan importante resolución, comprendo que estais disgustado después de tantas calumnias, ultrajes y actos de mala fé que habeis tenido que soportar de parte de ciertos republicanos.

"Pero teníais en vuestro favor la masa del ejército anti-clerical, la aprobación de casi todos los libre-pensadores.

"Vuestra retirada ha causado la derrota del Libre-Pensamiento.

"Es imposible que renunciéis de un modo definitivo á una tarea tan bien comenzada.

"Me perdonareis si os hablo de esta manera, cuando sepais que he sido vuestro defensor, siempre que la ocasión se ha presentado: las polémicas del *Démocrate* con los periódicos locales dan de ello testimonio.

"Tengo la esperanza de que vuestra decisión no es irrevocable, y de que el Libre-Pensamiento os verá pronto al frente de su ejército.

"Recibid, querido ciudadano Taxil, la seguridad de mi abnegación.

"FRANCISCO BONNARDOT."

"P. D.—Os ruego me autoriceis para publicar vuestra contestación á mi carta."

Yo contesté inmediatamente:

"Paris, 18 de Mayo de 1885.

"Querido ciudadano Bonnardot:

"La expresión exacta de mi pensamiento está en mi

artículo del núm. 316 de la *République Anti-cléricale* (16 de Mayo), artículo que contiene mi despedida á los pocos libre-pensadores, á quienes las calumnias de los periodistas republicanos no había aún separado de mí.

¡Ya es bastante!

“Colmado de ultrages por los intransigentes y por los oportunistas, por revolucionarios y moderados, acribillado por los pérfidos tiros que algunos cobardes me asestaban por detrás, mientras que, soldado independiente, yo me batía á vanguardia; cansado, desanimado, descorazonado, no puedo resistir al tedio que de mí se ha apoderado, y rompo para siempre mi pluma anti-clerical.

“Puesto que la fraternidad republicana no es más que una mentira, ¡que se devoren, pues, los unos á los otros! ¡Que Hébert mande á Verguiaud á la guillotina! ¡Que Danton mande á ella á Hébert! ¡Que Robespierre mande á su vez á Danton! ¡Y que Tallien termine la série, haciendo guillotinar á Robespierre!

“¡Y cuando un guerrillero se entregue de todo corazón al libre-pensamiento, y se bata sin querer aceptar la consigna de las camarillas, que la Masonería, en sus antros, le atraviese con sus envenenadas flechas.....!

“Me pedis autorizacion para publicar mi contestacion con vuestra carta. Os doy la autorizacion con mucho gusto.

“Siempre me ha gustado la luz del dia. Aunque vea que se vuelven contra mí los raros amigos que me quedan, creo que mi irrevocable determinacion no debe quedar secreta.

“Habiendo contribuido más que nadie, á la organizacion del Congreso Anti-clerical, que vá á ser celebrado en Roma á fines de este mes, iré á la Capital de Italia, pero nada más que como el servidor de los demás delegados, como un empleado que hace su servicio, y que no representa más que un papel pasivo. Terminado el Congreso volveré á mi libertad, y libre de falsos escrúpulos, trabajaré, de conformidad con mi conciencia, en confundir á los miserables intrigantes que engañan, roban y corrompen al pueblo con la máscara republicana.

“En aquel día, sin duda, estareis con mis enemigos. Os lo perdono de antemano, teniendo en cuenta la cordial simpatía que me mostrais, no obstante que sois mason.

“Personalmente, siempre estaré á vuestra disposicion.

“LEO TAXIL.”

A continuacion de esta carta, que publicó con la suya en el *Démocrate de Loiret*, M. Francisco Bonnardot, escribió lo que sigue:

“¡Qué tristeza! Y sin embargo, ¡cuántas verdades en esta carta!

“El deber de los libre-pensadores está en vengar á Leo Taxil, víctima de intrigas de ciertas camarillas republicanas que parece tienen por mision poner coto al progreso de la República.

“Leo Taxil no tiene aún treinta y dos años, y ya tiene nombradía; ¡hay gentes que no le perdonan que les haya adelantado!

“Nosotros, por nuestra parte, nos obligamos á defender al calumniado.

“Entre tanto, los clericales van á triunfar.

“F. B.”

Dos meses más tarde, el mismo M. Bonnardot, en el mismo *Démocrate du Loiret* escribió lo siguiente:

“Segun nosotros, los clericales tienen un triste recluta.

“¡Ambicion de grandezas! tal puede ser la explicacion de la conversion de Leo Taxil.

“De todas maneras, el hecho en sí no puede alarmar al Libre-Pensamiento: un ambicioso de ménos, eso es todo.”

He dicho que en el Congreso de Roma mi conducta fué estrictamente correcta. Cumpli mi promesa; fui, en cierto modo, el servidor de los demás delegados.

Cuando, más tarde, mis colegas de la Liga comprendieron que durante el viaje á Italia, ya no pensaba como ellos, acriminaron mi *manera de pensar*. ¡Y luego hablaban los anti-clericales de Inquisición!

Entre tales acriminaciones, tuvo lugar un incidente.

Una nota del *Salut Public* de Lyon, dirigida á mí, me valió un chaparron de injurias, por parte de la prensa republicana, sin excepcion.

Tenia intencion de hacer una sencilla retracta-

cion de mis escritos y luego desaparecer; despues de haber restablecido la verdad acerca de ciertos hombres de la democracia y sobre algunos hechos presentados ante el público libre-pensador á la luz de falso prisma. Pero nunca pensé lanzarme á la arena política.

Parece que mis antiguos correligionarios, en vez de dejarme en paz, tenían empeño en mortificarme.

De tal manera desfiguraron mis actos, que terminé por donde debía de haber comenzado. El disgusto se convirtió en un arrepentimiento sin reserva. Con la ayuda de Dios, comprendí que debía hacer no una retractacion vana, sino una reparacion absoluta, completa, que terminara con mi existencia.

No habia vuelto á confesarme. Entonces me dije: “Lo que tenía el deber de hacer se hará; solicitaré la absolucion de las censuras eclesiásticas, pronunciadas contra mí, y no dejaré perderse, en una cobarde indiferencia, los frutos que la gracia de Dios se ha dignado otorgarme en el día 23 de Abril.”

Y, el día 23 de Julio, fui á la Redaccion de *L'Univers*, pregunté por M. Augusto Roussel, con quien habia tenido bastantes polémicas, y le entregué la siguiente retractacion.

Paris, 23 de Julio de 1885.

“Sr. Redactor de *L'Univers*:

“Habiendo el periódico *Le Salut Public*, de Lyon, anunciado mi dimision de miembro de la Liga Anti-clerical, y habiendo añadido un comentario—erróneo en algunos detalles; pero animado de gran benevolencia para conmigo, y lleno de excelentes intenciones—gran número de periódicos republicanos de Paris y de las provincias, han encontrado en él un pretexto para lanzarme, con más violencia que nunca los ultrajes de su habitual repertorio.

“Abultando lo que no se tomaban la molestia de examinar, inventando á su placer, y luego interpretando contra mí y de una manera injuriosa sus propias invenciones, esos periódicos desde hace quince días me manchan con todo su cieno, unos diciendo que si he presentado mi dimision es para hacer traicion despues de haberme enriquecido, y otros dando á entender que me he vendido. Aqui me representan yendo al Congreso Anti-cle-

rical de Roma en *sleeping-car*, y echándome á los piés de todos los sacerdotes que hallaba á mi paso. Cuentan que á mi vuelta, al pasar por Marsella, fui á entregar una solemne abjuracion de mis escritos en manos de un reverendo Padre, mi antiguo profesor; y más allá me dicen que anduve en tratos con el Vaticano.

“Esos complementos tan varios á cerca de mi dimision de 27 de Abril, son tan falsos unos como otros.

“1.º Lejos de ir al Congreso de Roma en *sleeping-car*, viajé modestamente en segunda clase con mis colegas delegados, y ni á la ida ni á la vuelta encontré á ningun sacerdote.

“2.º A mi paso por Marsella, no solo no he visto á ningun reverendo Padre ó abate, antiguo profesor mio, pero ni siquiera hice una visita á mi familia.

“3.º Por lo que toca á mi estancia en Roma, no me separé un momento de los demás delegados de las sociedades francesas del Libre-pensamiento y si estuve en el Vaticano, fué cón ellos, en las salas abiertas al público,

no para entrar en tratos, sino para admirar las obras maestras de Miguel Angel y de Rafael (todos mis colegas del Congreso pueden dar de ello testimonio).

“Pero lo que ayer no existía, existirá desde hoy.

“En el número de *L'Univers*, correspondiente al 14 de Julio dijisteis, Sr., con mucho acierto, que la carta en que presentaba mi dimision no indicaba más que una sencilla retirada, y que el disgusto que en ella se manifestaba, no era aún el arrepentimiento.

“Pues bien, señor Redactor, creedme, mi arrepentimiento es hoy absoluto. Estaba desanimado, descorazonado; pero no creía aún que de la prensa republicana pudiese salir tanta injusticia, tanta prevencion y tanta mala fé.

“No tengo nada que ver con el ruido que ha hecho mi retirada; he rehusado contestar á los *reporters* que se me han enviado; y se ha dicho que soy yo quien he provocado *un reclame!*

“Yo no he dado un solo paso hácia ningun periódico del partido que hasta hoy había

combatido; y se dice que todas las redacciones de los periódicos católicos me han cerrado las puertas!

“Se han amontonado mentiras sobre mentiras.

“Y he creído durante diez y siete años que la verdad estaba en el partido republicano! ¡Y había sacrificado á ese partido todas mis amistades de la infancia! ¡Y llegué hasta á olvidar á mi padre, á mi querido padre, sobre quien uno de esos periódicos escupe hoy toda su rabia!

“¿En qué ceguera imperdonable he vivido?

“Por eso, la abjuracion solemne de mis errores, que no había hecho, la hago hoy. Y la sencilla dimision que había hecho, no basta á mi conciencia. Pido á la Liga Anti-clerical mi exclusion. Pues no se trata ahora de una disposicion hácia el arrepentimiento, segun vuestra expresion, sino del arrepentimiento *sincero* y *absoluto*; pues al desengaño que tales iniquidades han causado en mí, ha sucedido el dolor de mis culpas; porque si hoy derramo lágrimas, estas lágrimas no son de despecho ni cólera; son por el escándalo que